

Reseña de

El deseo en las psicosis. Letra Viva, Buenos Aires, 2015,

240 págs. Autora: Julieta De Battista

MATÍAS BUTTINI

Una tarde, mientras caminaba por Viena, Theodor Reik se encontró azarosamente con Freud y lo acompañó en su regreso a casa. Justo antes de cruzar una calle donde el tráfico era intenso, Freud se detuvo por un momento, vacilante. Theodor Reik atribuyó este gesto a la cautela de las personas mayores, pero enseguida Freud le confesó lo siguiente: “Lo ve, ahí hay un sobreviviente, un resto de mi vieja agorafobia que tanto me perturbó en mi juventud” (Reik, 1948: 15). Reik, el psicoanalista que escribirá luego interesantes trabajos sobre el valor clínico de la sorpresa del analista, del analista que se permite la sorpresa, quedó estupefacto. No es lo que él, prejuiciosamente, pensaba. No había allí cautela, sino restos sintomáticos. ¿Cómo se supo eso? Esquivando prejuicios, escuchando al ser hablante.

Elegí esta pequeña anécdota para introducir mi comentario sobre el libro que Julieta De Battista nos ha obsequiado a los lectores. La simpleza de ésta pequeña historia, señala algo que pasaría desapercibido sino fuésemos analistas, pescadores de esos mínimos detalles en los intersticios de los lazos sociales.

El deseo en las psicosis, es un título espeluznante, atemorizante, llegaría de decir, angustiante para muchos porque pone en jaque lo que suponemos saber. Pero sobre todo, es un título muy preciso y *necesario*. Ella escribió un libro que yo, como lector andaba necesitando. Me considero un lector agradecido a los libros que me gustan, otros, los deshecho rápidamente considerando que hay poco tiempo para poder leer *lo que quisiera*. Dijo Borges que su padre le enseñó a desechar rápido los libros que uno no quiera leer. No es el caso.

Este libro es necesario, pero también es contingente, ya que llegó a mis manos en un momento de especial apertura y cuestionamiento sobre los tratamientos que llevo adelante. Me puso en el banquillo. Solamente diré que me cayó justo cuando una paciente psicótica decide cortar el análisis luego de varios años fructíferos y de fructífera transferencia negativa, pero encausada en el trabajo. En esos mares extraños, me encontraba cuando Julieta me invitó a leerlo y a hacer este comentario.

¿Somo prejuiciosos? ¡Si! ¿Quiénes? Los psicoanalistas. ¿Los lacanianos también? ¡Claro que sí!

Este libro re-abre un campo que misteriosamente se había cerrado con un simple no. No y punto, con un *comé y calláte*. A la pregunta: “¿hay deseo en la psicosis?”, habíamos dicho: “No” automáticamente, casi sin pensar. Es obvio, ¿cómo habría algo así, conectado con la falta y la estructura que Lacan lee respecto de la ley y el padre? Dijimos NO, casi sin interrogarnos. Freud y Lacan no se contentaban con el comé y calláte que el Otro puede imponer.

Esto es lo primero que hay que destacar como experiencia de lectura de este libro. Pensamos que se trataba de, de una dosis de la vieja y conocida cautela, prudencia: “*Dear Prudence, won't you come out to play?*”, ¿no vas a salir a jugar?, como cantaban Los Beatles. Hay que salir a jugar como lo hacen los niños y transformar un pedazo de madera en colectivo o en nave espacial, para modificar aquello que se supone que *es así*. Al menos para ver si podemos encontrarnos con algo... y el lector de este libro, les aseguro, puede encontrarse con muchas cosas.

Si bien se trata de una tesis universitaria –lo que usualmente no es un libro, sino una pila de papeles ilegibles y sobretodo, aburridos–, yo me encontré con un libro bien estructurado, dinámico, que agitó mi entusiasmo en una fibra especialmente interesante: el deseo en la psicosis, y el deseo de la autora en las psicosis. Porque si el deseo siempre es deseo de deseo y necesitamos de un deseo para leer otro, tal es lo que nos enseñan Freud y Lacan, si sabemos utilizar el deseo para leer un decir, fue con algo de mi propio deseo y decir con lo que me encontré, leyendo este libro. Me refiere, obviamente, al deseo del analista que podemos dividir en dos: el deseo *de el* analista, de ese analista y el deseo *del* analista, o sea la función que opera en la cura.

La investigación que transcurre en el libro, es una investigación abierta, en curso, y tiene varias ventajas para el lector dispuesto a dejarse sacudir:

1. Nos hace dejar de repetir frases hechas sobre la psicosis, *clichés* que sin advertirlo coreamos dentro de estas paredes o de otras como en estadios de fútbol (con pasión pero sin pensar).
2. Nos cuenta una historia de la clínica psicoanalítica, donde discursos e instituciones se entrelazan bajo la pluma interpretativa de lo que habitualmente llamamos lo *no dicho*. Parte fundamental de toda historia y especialmente, de toda reconstrucción arqueológica. Los pedazos de esos enunciados aparecen y no se utilizan sólo para armar la pieza en el museo sino para darle otra vez vida. Los objetos se reaniman, las preguntas se tornan necesarias pero sobretodo, quedan planteadas de manera contundente.
3. Recorre las obras de Freud, de Lacan y de muchos lacanianos con una ávida lectura clínica situando enlaces y desenlaces, anudamientos y rupturas en el interior del movimiento psicoanalítico. Es decir que propone una lectura que articula de un modo

novedoso *kliné* y *polis*, clínica y política del psicoanálisis, que, como ya nos enseñó Freud no es la política del avestrúz sino la de levantar la cabeza e intentar sopesar los efectos *reales* de nuestra práctica.

4. Abriendo esos caminos, su lectura nos permite encontrar nuevas vías, nuevas direcciones que no sean las de siempre, las ya conocidas. En esto es un verdadero libro escrito por una analista y escrito analíticamente. Una canción de Neil Young se titula *Old ways*, viejos caminos pero se escucha la palabra *always*, es decir, siempre. Esos nuevos caminos que se nos abren en cada capítulo permiten criticar abiertamente muchos dogmas a los que nos hemos adaptado. Por ejemplo el viejo y conocido “acotar el goce del psicótico”. Es difícil enseñarle un nuevo truco a un dinosaurio, dice Neil Young. Un poco dinosaurio me sentí leyendo, por eso señalo el efecto de cuestionamiento que me produjo, casi de rectificación subjetiva del lector.

La lectura es novedosa en este sentido: ¿Qué pasó, se pregunta Julieta y nos interpela, no habría otra cosa para decir y para hacer que acotar o limitar? ¿Podríamos afirmar que ésta es una operación propia del analista? Su libro es una respuesta, nos dice, a algunos de los prejuicios con los que se encontró ella y de los que se fue pudiendo liberar a la hora del avance de su análisis y del trabajo sostenido con sujetos psicóticos. Nos dice:

“El optimismo y la fascinación inicial se convirtieron en pesimismo. Tuve la sensación de que no se podía hacer prácticamente nada con estos pacientes. Junto con el optimismo fueron cayendo mis propios ideales sobre la cura, así como el prejuicio de que ‘si se apuesta el sujeto responde’. No siempre: tan sólo a veces, según el momento, las circunstancias, el encuentro.” (p. 16)

Es de esta forma, que no es confesional, sino apoyada en una estructura clínica, que le permite sostener el deseo del analista y afrontar la posibilidad del encuentro y del desencuentro, y sobretodo, dar razones de su práctica, es que la autora nos propone algo contundente: el analizado, o sea el analista que ha llevado su análisis lo suficientemente lejos como para liberarse de ciertas ataduras, al menos de las que le hacen saber que

“la investigación en psicoanálisis propone que el material mismo está condicionado por la posición de quién lo lee.” (p. 16)

Ese analizado es el que resulta un *partenaire* muy bien entrenado para escuchar y responder a ese deseo que en la psicosis se escabulle o se presenta de modos a veces brutales. Señalemos al pasar las tres formas que nos entrega: formas antigónicas, las realizaciones delirantes y las soluciones sinthomáticas.

Pero cuidado, no se trata acá de una analista lo suficientemente buena, al modo winnicottiano sino de todo lo contrario, de quien se ha analizado para dejar eso, lo suyo propio en otro lado, fuera de la sesión con el sujeto. Y también, para escuchar lo más libremente posible a quien también, como el neurótico y el perverso, espera una respuesta, incluso la exige, a veces de formas muy directas. ¿Tendremos que aprender a responder a esas formas, a esas demandas de un modo estandarizado? Para nada. Una clínica que no haga lugar al azar y al encuentro, es decir, al deseo, no podrá responder analíticamente sino con las frases que retumban de enseñanzas refritas con aceite ya rancio, imputado falsamente a Freud (prudencia) o a Lacan (forclusión del nombre del padre). *Old ways, always.*

“La eficacia del dispositivo no puede programarse”, leemos en el último capítulo (p. 214). Salvo que las respuestas ya programadas sean las que sintomáticamente permiten al analista demasiado cauto creerse que dirige la cura en silencio y apenas sin moverse... ¡y hasta sin respirar! Otro viejo y conocido prejuicio sobre el analista lacaniano que no nos esforzamos en resituar: está muerto. Yo lo llamo el cascote lacaniano, no habla. Errada lectura del Lacan de la Dirección de la cura cuando dice *juega el papel del muerto en el bridge* no dice *está muerto*. En fin.

Finalmente, tengo que decir que éste libro permite profanar lo improfanable. Si tomamos las elaboraciones propuestas por el filósofo italiano Giorgio Agamben (2005), podemos decir que la operatoria propia del libro es la de la profanación de los presupuestos psicoanalíticos sobre los que está asentada una práctica prejuiciosa y poco efectiva. Profanar quiere decir devolver a la esfera del uso común y cotidiano aquellos objetos que han sido *sacralizados* y en consecuencia vueltos inaccesibles al uso de los mortales. En éste sentido, tenemos en nuestro poder un libro que va en contra de la actual *museificación del mundo* (Agamben, 2009: 109) ya prevista por Agamben. Los objetos, se han exceptuado del uso común que la historia les ha dado –incluimos acá el tratamiento por el deseo que de las psicosis se ha intentado exceptuar en las extensas y diversas tierras del campo *post Lacan*– para quedar vetustos obeservables en vitrinas de los museos.

Julieta ha entrado a un museo por la noche y ha robado algunos objetos y nos los ha devuelto a nosotros, al uso común. Esta operación es propia del análisis, un psicoanálisis profanador. Y no se trata solamente de una apuesta sino de algo corroborado por ella en la experiencia. Este libro nos ofrece una experiencia en curso.

Quisiera terminar con dos breves comentarios.

El primero se encuentra en la p. 170, donde la autora rescata una anécdota de Freud bien interesante. Freud, quien recorre con su propio deseo el campo de la psicosis, da en el punto cuando al observar que “los analistas se comportan como si no tuvieran nada más que decir sobre el sueño, como si la doctrina de los sueños estuviera concluida”.

Y la pregunta que nos hace Julieta se apoya en esta: *¿Los analistas ya no tienen nada más que decir sobre el deseo del psicótico?*

La segunda anécdota sucedió en París, en el último encuentro internacional de los Foros del Campo Lacaniano, de la que fui testigo. Allí se armó un escándalo más que significativo, cuando Julieta presentó su trabajo con el mismo título que su libro. Significativa, ya que pude captar que incluso en Buenos Aires estamos más habituados de lo que suponíamos a la fórmula *deseo en las psicosis*, a diferencia de Europa donde parecía *inconcebible*.

Saco dos conclusiones al respecto. Primero, que parece que acá hablar de deseo en la psicosis no es tan subversivo como en otros lugares; segundo, que tal vez se deba al trabajo intenso de los analistas en hospitales, clínicas privadas, hostales de salud mental, etc., cosa que no parece suceder de modo casi natural en otros lugares.

Ítalo Calvino decía que leer es ir al encuentro de algo que está a punto de ser y aún nadie sabe qué será... Los invito entonces a ir a ese encuentro.

Bibliografía

- Agamben, G. (2009) *Profanaciones*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Reik, T. (1948) *Listening with the Third Ear*, Nueva York: Grove Press.